

## Entre ellas\* ⊗

Leonor Curti\*\*

*La escritura es originariamente el lenguaje del ausente.*  
Sigmund Freud<sup>1</sup>

Recibí la invitación para participar de esta noche con mucha alegría y no menos inquietud. La propuesta era hablarles de literatura y feminismo. Al tiempo de haber aceptado, me di cuenta de que estaba frente a una ecuación de dos incógnitas.

Dice V. Woolf en *Un cuarto propio*: "... para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio; y eso, como ustedes verán, deja sin resolver el magno problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela".<sup>2</sup> Entonces, pensé en hablarles de las mujeres y la escritura. Voy a hablarles de *Autobiografía de mi madre*, de Jamaica Kincaid, *Apegos feroces* y *La mujer singular y la ciudad*, de Vivian Gornick, la *Correspondencia entre Victoria Ocampo y Virginia Woolf* y *Quipu. Nudos para una narración feminista*, de María Pía López.

### **Autobiografía de mi madre: La mortificación del deseo y el goce del cuerpo como ofensa**

"Mi madre murió en el momento en que nací así que durante toda mi vida no hubo nada que se interpusiera entre la eternidad y yo; a mis espaldas había siempre un viento negro y desolador".<sup>3</sup> Así comienza la autora esta novela autobiográfica, que es la elegía de la madre muerta. Una herencia de madres que no lo fueron, configura un campo subjetivo en el que las ausencias cobran peso de manera desmesurada, al punto de ser el núcleo alrededor del cual la protagonista construye su historia de vida. Muerta su madre, su padre decide llevarla con la señora que lavaba su ropa: ella misma acababa de tener un hijo y tenía leche como para alimentar a la pequeña bebé huérfana de madre. En el relato de esta escena vemos la mortificación del deseo: "Es posible que haya hecho hincapié en la diferencia entre los dos bultos: uno era su hija, no su único hijo en el mundo pero el único que había tenido con la única mujer con la que se había casado hasta ese momento; el otro era el de su ropa sucia".<sup>4</sup> Esta mirada descarnada que la identifica con lo sucio y reprensible, le impide valorar una decisión del padre que no es posible no pensar como fundamental en su vida: él tuvo el deseo infatigable de que ella fuera a la escuela, cuando ninguna niña iba a la escuela. Es allí donde aprende a escribir cartas, hecho que marcaría su vida, otorgándole un derecho a decir, como señala M. Duras respecto del comentario de Lacan sobre su escritura: "Hablar de mi situación, decírmela a mí misma y a otros, es algo que haría siempre a partir de ahí. [...] A partir

---

\* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* "Invenciones en la sexuación". Clase "Versiones del feminismo", 6 de septiembre de 2021.

⊗ En la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28 podrá encontrar el artículo "¿Encuentro Nacional o Plurinacional de Mujeres?" de Adriana Carrasco sobre la situación actual del feminismo en la Argentina.

\*\* Psicoanalista y escritora [Buenos Aires]. Autora, entre otros, de *Efectos de estilos*, Grama, Bs. As., 2021.

de esta expresión de dolor borrosa e infantil, mi vida cambió y yo me di cuenta”.<sup>5</sup> La escritura deviene recurso privilegiado frente a un mundo que arrojaba sobre ella identificaciones agobiantes: sola, sumisa, colonizada, no blanca, huérfana.

Cuando la noche aullaba la hostilidad del mundo, ella encontraba sosiego “... solo después de que mis manos hubieran recorrido mi cuerpo con una caricia amorosa, hasta llegar al lugar húmedo entre mis piernas y solo después de que un suspiro de placer se escapara sin dejar que nadie lo oyera”.<sup>6</sup> En la desolación del mundo, en el que el amor es un animal desconocido, la afirmación a la vida la encuentra en el goce de su propio cuerpo, cortocircuitando de manera dramática la inclusión de los otros: “Nadie me contempló, yo me contemplé a mí misma [...] Aprendí a amarme a mí misma como acto de resistencia, de desesperación, porque no había otra cosa”.<sup>7</sup> El goce huérfano, como lo es todo goce, ante la evidente imposibilidad de experimentar amor, lejos de condescender al deseo, se afirma en su cinismo, en el que los otros devendrán objetos para su obtención, objetos de su rechazo: “Amaba el olor de la suciedad detrás de mis orejas, el olor de mi boca sin lavar, el olor que venía de entre mis piernas, el olor de mis axilas, el olor de mis pies sucios”.<sup>8</sup> No habrá amor ni deseo para los hombres: “... el cuerpo de un hombre no es lo que lo hace deseable, lo excitante es lo que su cuerpo puede hacerte sentir cuando te toca, anticipar lo que su cuerpo te va a hacer sentir [...] Él no era un hombre del amor, yo no necesitaba que lo fuera. Cuando él terminó de usarme a mí y yo terminé de usarlo a él, se quedó acostado sobre mí, respirando con indiferencia [...] El romance es el refugio de los derrotados”.<sup>9</sup>

No habrá descendencia a la que amar: “La niña en mí nunca podría ser lo suficientemente aplacada como para dejarme tener hijos propios [...] Mi vida estaba más vacía que el vacío mismo. Nunca había tenido una madre, acababa de negarme a convertirme en una y sabía que esta negativa sería completa. [...] pero eso no sería lo mismo que no tener hijos. Daría a luz hijos, pero nunca sería una madre para ellos. Daría a luz muchos hijos; saldrían de mi cabeza, de mis axilas, de entre mis piernas; [...] colgarían de mí como frutos de la vida, pero los destruiría con la indiferencia de un dios [...] Les llenaría el cuerpo de enfermedades, les embellecería la piel con una fina costra sobre las llagas, se volverían sedientos del pus que supuraría a veces esas llagas [...] Los decoraría cuando fueran cadáveres y pondría cada cadáver en una caja de madera lustrada, y pondría la caja de madera lustrada en la tierra y me olvidaría de adónde había enterrado la caja”.<sup>10</sup> La posición de ataque a los semblantes es de tal radicalidad que expresa: “... hacía el duelo por la decisión de mi corazón y de mi mente de no concebir nunca un hijo. Me negué a pertenecer a una raza, me negué a aceptar una nación. [...] No tengo el coraje de soportar el crimen de estas identidades, que ahora conozco más que nunca. ¿Entonces, no soy nada? No lo creo, pero si ser nada es una condena, entonces amaría ser condenada”.<sup>11</sup> La novela culmina con una reflexión: “Este relato es un relato de la persona que nunca tuvo permiso de ser y un relato de la persona que no me permití ser”.<sup>12</sup> Quizá la autora haya logrado intuir que para que la vida merezca ser vivida no es suficiente afirmarse en la soledad del goce. De otro modo, y más allá de su exuberancia, no tendremos la certeza de no toparnos, como última y única realidad, con la presencia silenciosa y feroz de la muerte.

## **La mujer singular y la ciudad: una narrativa del conflicto y el deseo**

*Apegos...* es una novela escrita 30 años antes de su publicación (1987). La autora tenía por entonces algo más de 50 años. Ahora tiene más de 80 y transmite cierta madurez tanto en su literatura como en los lineamientos de su voz narrativa, es decir, de su personaje. Allá por 1987 narraba la dificultad para emanciparse de su madre y de los dichos de esta, que infundían derrota, queja, y lamento melancólico por la muerte de su esposo, con quien había tenido un amor más idealizado que real; amor que, sin embargo, había saturado cada aspecto y cada espacio de su vida. Medidos con la vara de ese amor sacralizado, con la cuota de mortificación implicada, ningún amor era amor verdadero para esa madre, menos aquellos que involucraran a su hija.

*Apegos...* es una novela sobre mujeres, sobre las alianzas entre mujeres, pero también sobre la ferocidad hacia otras cuando algo del orden de lo novedoso, de lo sexual brotaba en sus vidas, fuera de lo políticamente correcto para la época. El amor y el sexo asumen la máscara de la amargura y la mortificación, del desencuentro permanente, del malentendido constante de los discursos y los cuerpos.

Sin embargo, me pareció leer algo que abría un pequeño margen hacia el horizonte de lo femenino, o al menos, sobre aquella modalidad de lo femenino que impide que una mujer sucumba al estrago con su madre, cuando el padre implica una carencia, o cuando no es posible servirse de él. Contemplando las acuarelas del artista Nolde (muy hermosas, por cierto) dice: “El espacio que hay en mi interior aumenta de tamaño. Ese rectángulo de luz y de aire que hay en mi interior, desde donde el pensamiento se esclarece, el lenguaje brota y la respuesta se vuelve inteligente, ese famoso espacio rodeado de soledad, ansiedad y autocompasión se abre de par en par mientras contemplo las flores de Nolde. [...] Comienza en el centro de mi frente y termina en el centro de mi ingle. Varía de tamaño; unas veces es tan ancho como mi cuerpo y otras, tan estrecho como una rendija en el muro de una fortaleza. [...] En los días en los que la angustia y la autocompasión lo anegan, se encoge. [...] Cuando el espacio es amplio y lo ocupo plenamente [...] Me siento en paz y emocionada, fuera del alcance de influencias y amenazas. Nada puede tocarme. Estoy a salvo. Soy libre”.<sup>13</sup> Nombra entonces ese estado que se reafirmaba en la escritura, como inmensa alegría de vivir: “Experimenté gozo cuando supe que nada más podría igualarlo. Ningún ‘te quiero’ del mundo podría tocarlo. Dentro de aquel gozo me sentía segura y erótica, emocionada y en paz, a salvo de cualquier amenaza o influencia. Comprendí todo lo que necesitaba comprender para poder actuar, vivir, ser. [...] Aquellos fueron los años en los que a las mujeres como yo las llamaban “Nueva”, “Liberada”, “Singular” [yo prefería “Singular” y sigo haciéndolo] y, efectivamente, me sentía nueva, liberada y singular cuando me sentaba frente al escritorio; pero por las noches, tumbada en el sofá, con la mirada perdida, mi madre se materializaba en el aire frente a mí...”.<sup>14</sup> En el encuentro con los hombres, el amor y el sexo, ese espacio es invadido por la bruma: será un “Subversivo, un inmigrante ilegal en el país de mi ser. No tiene derechos civiles. Siempre está escapando”.<sup>15</sup> Allí se produce un *impasse*.

*Apegos...* es una novela en la que el humor está ausente casi por completo, y asistimos a lo lacerante del sarcasmo entre la protagonista y su madre, su *partenaire*.

La mujer singular... ¿trae algo novedoso?

Casi 30 años después, su *partenaire* ahora es menos su madre, ya muerta, que Leonard, un amigo gay, símbolo de la época, con quien pasea por Manhattan (ya no es el Bronx el marco de la historia). Me impresionó como una novela que discurre sobre el deseo y el amor: el amor como pregunta, como anhelo, como búsqueda, más que como

vivencia. Es un abanico de personajes que deambulan en solitario por una ciudad habitada mayormente por solitarios, pero que buscan con ahínco salir de su soledad; en concordancia con los tiempos del goce del Uno, y de la pregunta por el nuevo amor: el que no garantice sufrimiento: “Seré alguien en el mundo”. ¿Qué importancia tendría entonces renunciar al ‘amor’? Pero descubrí que me importaba más de lo que nunca habría imaginado. Conforme fueron pasando los años, comprobé que el amor romántico estaba inyectado como un tinte en el sistema nervioso de mis emociones, entrelazado a conciencia en el tejido del deseo, la fantasía y el sentimiento. Atormentaba la psique, era un dolor de huesos; [...] Sería un motivo de sufrimiento y conflicto durante el resto de mi vida. Atesoro mi corazón endurecido –durante todos estos años siempre lo he atesorado–, pero la pérdida del amor romántico todavía puede desgarrarlo”.<sup>16</sup>

Para contrabalancear la insatisfacción o el desencanto por el encuentro amoroso, logrado en parte, o fallido desde el vamos, existen otras satisfacciones. El otro, lejos de ser reducido a un mero instrumento para la obtención del goce corporal propio, es alguien con quien conversar: “Además del sexo, la forma de conexión más vital que existe es la conversación”,<sup>17</sup> dirá la autora, introduciendo una modalidad de amor que se configure a partir del tres: “Mis amigos también tienen que agitar el caleidoscopio de la experiencia cotidiana para llegar al punto en que la composición de las piezas ayude a mediar entre el dolor de la intimidad, la energía del espacio público y la exquisita intervención de los desconocidos”.<sup>18</sup> Los “momentos del ser” de los que habla Virginia Woolf aparecerán para la autora en la calle, en charlas hilarantes con desconocidos. Allí, ese espacio del que hablara en *Apegos...* se hace presente por la vía de la risa: “Una energía en bruto, rica, empezó a expandirse en mi cavidad pectoral. [...] Una ternura sorprendente me estrechaba el corazón con tal fuerza que casi parecía gozo; y con una agudeza inesperada me percaté no del sentido, sino del asombro de la existencia humana”.<sup>19</sup>

*The Odd women*, la novela de George Gissing de 1893, le brinda a la autora la equivocidad del título, imprescindible para encontrar un lugar: *Odd* en inglés es sin pareja, mujer singular, mujer rara o inusual. También extraordinaria. Habiéndose enrolado en las filas del feminismo radical en la década de los 70, reflexiona a 45 años de aquello: “Cuando me pongo a pensarlo, me doy cuenta de que nosotras, las feministas de los setenta y los ochenta, nos habíamos convertido en unas anarquistas primigenias. [...] solo queríamos reventar el sistema, destrozarnos el orden social, sin importarnos las consecuencias. [...] nosotras gruñamos (o gritábamos): ‘¡A la mierda los hijos! ¡A la mierda la familia!’ Este es el momento de exponer nuestros agravios y conseguir que los demás se sientan como nosotras. Lo que pase después no nos importa”.<sup>20</sup>

*La mujer singular y la ciudad* es el testimonio de vida de una mujer alrededor de los 80 años, que se descubre en retrospectiva habiéndose inventado un modo de amor anudado a la ciudad de los solitarios por excelencia, pero también a sus voces disonantes, extrañas, muchas veces extranjeras, en las que viajan el humor, la sorpresa, la ironía y el equívoco, todos ellos nombres posibles para Eros.

**Victoria Ocampo Virginia Woolf. Correspondencia. La privacidad pudorosa de Madame Unicorn y Madame Butterfly**

La correspondencia entre ambas escritoras tiene lugar entre 1934 y 1940. Woolf ya era una escritora consagrada: vivía de su trabajo como escritora, y tenía junto a su esposo, Leonard Woolf, una editorial, *The Hogarth press*. En tanto, Ocampo buscaba abrirse camino en el territorio mayormente masculino de la literatura argentina: su primer libro de 1924, *De Francesca a Beatriz*, había sido muy criticado. A partir de la lectura de *Un cuarto propio*, de 1929, sugerida por Silvia Beach, en Shakespeare & Company, en París, Victoria será una admiradora de la escritora inglesa. El vínculo entre ellas será sostenido básicamente por las cartas; solo se vieron en persona tres veces. A pesar de que Woolf afirma carecer de tradición, dada la ausencia de escritoras a lo largo de los siglos, para Victoria la perspectiva será distinta: Woolf estará inmersa en la gran tradición literaria europea en tanto ella misma estará rodeada de vacío. La escritora inglesa será la Dama del Unicornio de las letras (referencia a tapices flamencos medievales del Museo Cluny): rodeada de sedas y colores, que enmarcan la frase: “*Á mon seul désir*”: referencia al libre albedrío, al amor cortés, a los dictados del corazón, pero en última instancia, al unicornio que representa el misterio del deseo de una mujer y lo femenino. En sus cartas se evidencia la voracidad, el hambre por obtener de Virginia aquello que saciaría su deseo de escritora, para hacerse un lugar en la literatura, algo que declara no obtener de sus nutridos lazos con escritores. Alternando lenguas en la escritura de las cartas (francés e inglés), Woolf le devuelve su propio mensaje en forma invertida: “Estoy de acuerdo con lo del hambre, y estoy de acuerdo en que por lo general estamos saciados, o tan hambrientos (en Europa) que no tenemos apetito. Cuánto me interesa su lengua, que tiene una boca enorme y ninguna palabra”.<sup>21</sup> De las cartas de Woolf a Ocampo surge la manera en la que nombré a la argentina: la mujer de las mariposas: “Y usted está a punto de viajar a la tierra de las grandes mariposas y los campos inmensos, que aun imagino a partir de sus aladas palabras. ¡Qué vida extraña y rota vivimos, qué fantasmas! No deje que me vaya por las ramas. Cuénteme qué hace, con quién se encuentra, cómo es el país y también su ciudad, su cuarto, su casa, incluso la comida y los gatos y los perros y el tiempo que pasa haciendo esto o aquello”.<sup>22</sup> La escritora que trabaja febrilmente, sin descanso, tironeada por sus tareas hogareñas, familiares y literarias, torturada por la falta de tiempo y por el paso inclemente del mismo, sueña con una tierra con más hambre que palabras; con otra lengua en la que no todo haya sido nombrado aún. Una tierra nueva y diferente: “Cada vez que salgo por la puerta me hago una imagen diferente de Sudamérica, y sin duda se sorprendería si pudiera verse a sí misma en su casa como yo me la imagino. Siempre hace un calor abrasador, y hay una mariposa nocturna posada en una flor plateada. Y esto aun en plena luz del día. Debo darme prisa para el almuerzo. Así que adiós”.<sup>23</sup>

En *Un cuarto propio*, dice sobre las mujeres y la novela: “... es que es fatal para el que escribe pensar en su sexo. Es fatal ser un hombre o una mujer pura y simplemente; hay que ser viril-mujeril o mujer-viril. Es fatal que una mujer acentúe una queja en lo más mínimo; es fatal que defienda cualquier causa hasta con razón; o que hable deliberadamente como mujer. La palabra fatal no es una metáfora, porque todo lo escrito con ese prejuicio deliberado está condenado a la muerte”.<sup>24</sup> Se expresa así el anhelo inalcanzable de Woolf de emular a Shakespeare, epítome de la inteligencia andrógina en los artificios de las palabras. Victoria toma distancia de esta posición, en Virginia Woolf en su diario, de 1954, ocurrido ya el suicidio de la inglesa. Dirá: “Mi única ambición es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero



como una mujer. [...] una mujer no puede aliviarse de sus sentimientos y pensamientos en un estilo masculino, del mismo modo que no puede hablar con voz de hombre”.<sup>25</sup>

El cuarto propio, según propongo leerlo, no será menos un espacio físico privado de la casa para que la mujer escriba, cuanto una operación topológica con el lenguaje. Las siguientes frases de las cartas me sorprendieron mucho:

“No estoy siendo directa”;<sup>26</sup> “Disculpe esta nota apurada”, “Qué mal debo haberme expresado”;<sup>27</sup> “Tengo la impresión de no haberle dicho nada, ayer, de lo que quería decirle”;<sup>28</sup> “... soy una persona voraz y creo que el hambre lo es todo [...] ¿No cree usted que el amor es nuestra hambre de amar?”<sup>29</sup>

Es en esas vacilaciones habitadas por lo irreductible de lo femenino en relación con el lenguaje donde hallé la privacidad pudorosa entre estas dos mujeres escritoras fuertes, pletóricas de recursos materiales y subjetivos, pero que aun así... En esas hendiduras, en esos titubeos confesados a la otra, es que encontré la pregunta por lo femenino, muy lejos de las certezas ideológicas y discursivas, de los éxitos editoriales, sociales y familiares. La palabra escrita encarnará el enorme desafío de literalizar ese enigma difícil de aprehender que implica la vigencia de la pregunta ¿Qué quiere una mujer? Entonces: ¿Qué quiere una mujer que escribe? ¿Y una mujer que escribe y es feminista?

Es probable que una mujer escriba como elogio y goce de lo inútil, del puro lujo, de la mera extravagancia. Es posible que lo haga con *lalengua* que fuerza, que escapa al orden de la sintaxis; que escriba porque sí, sin la obligación de decir el “para todos”. Es posible que una mujer que escriba sea, por el solo hecho de escribir, también feminista, aunque la inversa en general no se verifique. Cito a María Pía López en *Quipu. Nudos para una narración feminista*: “Escribir solo para intuir quién es la que escribe y desconocerla”.<sup>30</sup> Porque intuirla, escribirla, entre-decirla y equivocarla implicará ausentarla de todo empuje o anhelo de ser, depositándola suave y vaporosamente, sobre los vestigios de una literalización siempre por advenir.

## Bibliografía

- Freud, S. “El malestar en la cultura”. *Obras Completas*. Vol. XXI, Bs. As., Amorrortu, Bs. As., 1986.
- Woolf, V., *Un cuarto propio*, Lumen, Bs. As., 2014.
- Kincaid, J., *Autobiografía de mi madre*, La parte maldita, Bs. As., 2021.
- Gornick, V., *Apegos feroces*, Sexto Piso, México, 2021.
- Gornick, V., *La mujer singular y la ciudad*, Sexto Piso, México, 2020.
- Ocampo, V., Woolf, V., *Correspondencia*, Rara avis, Bs. As., 2020.
- López, M. P., *Quipu. Nudos para una narración feminista*, Estructura mental a las estrellas, La Plata, 2021.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 18, De un Otro al otro*, Paidós, Bs. As., 2009.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aún*, Paidós, Bs. As., 1981.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Paidós, Bs. As., 2006.
- Laurent, E., *El reverso de la biopolítica*. Grama, Bs. As., 2016.
- Brousse, M-H., *Modo de gozar en femenino*, Grama, Bs. As., 2020.

## Notas

---

<sup>1</sup> Freud, S., “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, Vol. XXI, Amorrortu, Bs. As., 1986, p. 90.

- <sup>2</sup> Woolf, V., *Un cuarto propio*, Lumen, Bs. As, 2014, p. 18.
- <sup>3</sup> Kincaid, J., *Autobiografía de mi madre*, La parte maldita, Bs. As., 2021, p. 9.
- <sup>4</sup> *Ibíd.*
- <sup>5</sup> *Ibíd.*, pp. 24, 25.
- <sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 42.
- <sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 51.
- <sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 33.
- <sup>9</sup> *Ibíd.*, pp. 62, 63, 178.
- <sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 81.
- <sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 186.
- <sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 188.
- <sup>13</sup> Gornick, V., *Apegos feroces*, Sexto Piso, México, 2021, pp. 100-101.
- <sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 145 y 148.
- <sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 180.
- <sup>16</sup> Gornick, V. *La mujer singular y la ciudad*, Sexto Piso, México, 2020, p. 28-29.
- <sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 79.
- <sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 91.
- <sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 163.
- <sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 123.
- <sup>21</sup> Ocampo, V., Woolf, V., *Correspondencia*, Rara avis, Bs As, 2020, p. 37.
- <sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 51-52.
- <sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 57.
- <sup>24</sup> Woolf, V., óp. cit., p. 139.
- <sup>25</sup> *Ibíd.*, p.141.
- <sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 37.
- <sup>27</sup> *Ibíd.*, pp. 38-39.
- <sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 40.
- <sup>29</sup> *Ibíd.*, p. 30.
- <sup>30</sup> López, M. P., *Quipu. Nudos para una narración feminista*, Estructura mental a las estrellas, La Plata, 2021, p. 57.